

Amor y guerra

Marcelo Somarriva Q.



Se habla de una “guerra proxy” o de una guerra por delegación cuando uno o más países intervienen en un conflicto apoyando de manera indirecta a una de las partes combatientes buscando decidir su resultado. Estas guerras se han hecho comunes en algunas zonas del mundo donde hay países u organizaciones dependientes de otros más grandes y poderosos y que van a la guerra de manera subsidiaria o en lugar ellos. Un buen ejemplo de “guerra proxy” es lo que Irán ha hecho en Siria y su enfrentamiento contra Israel donde actúa detrás de Hamas, Hezbolá o los hutíes de Yemen. Los que combaten son estas organizaciones paramilitares y religiosas, pero detrás de ellas está Irán, poniendo el sustento económico, logístico, armamentista e incluso ideológico. A su manera todo esto es como esa fábula donde un mono convence al gato a que saque las castañas del fuego con su propia mano para luego compartirlas. El mono tramposo logra que el gato se queme las manos y saque las castañas

que termina comiéndose solo.

La reciente polémica en torno al despido de Isabel Amor me hizo pensar que en la política local puede darse algo parecido a una guerra proxy cuando un debate termina convertido en el sustituto de otras querellas que se agitan en el fondo, o en un señuelo que distrae la atención de otros asuntos que pasan desapercibidos. La mayor parte del tiempo en esta polémica se han discutido un montón de cosas eludiendo el problema real, y a cada lado de la disputa se aglomeró una multitud animosa que llegaba arremangándose la camisa dispuesta a contribuir con la batahola.

Son tantas las agendas que cruzan este incidente: las violaciones a los derechos humanos, los fantasmas de la dictadura, los asuntos filiales, la orientación sexual y política de la protagonista, la política de género del gobierno y la práctica periodística, sólo por mencionar algunos. Hay tantos asuntos colgando que el caso parece uno de esos platos de postre que llegan a la mesa para ser comparti-

dos, claro que aquí no llegó acompañado de varias cucharas, sino que de cuchillos. Más que un plato esto en realidad ha sido una piedra donde cada cual trajo su propia hacha para afilarla.

Sin tanta agenda este caso habría durado menos que las 48 horas que alcanzó a trabajar la señora Amor en el

Ministerio de la Mujer.

La cosa, en cambio se alargó y enredó de manera inverosímil, en un conflicto que algunos han pretendido llevar hasta la oficina del presidente de la República e incluso ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Es la

nueva normalidad en que vivimos, tiempos en que todo termina por “escalar”. Este verbo es un anglicismo nuevo tal como “postear”, “clickear” y otras palabras que explican el funcionamiento de las redes sociales con su lógica del comentario del comentario, del bot humano que hace proclamas y denuncias frente al espejo de su iphone; donde nadie sabe para quien trabaja o si es el tono útil de una causa que ignora.

“La mayor parte del tiempo en esta polémica se han discutido un montón de cosas eludiendo el problema real”.